

CON "LA PLAYA" DE CESARE PAVESE

Calle de Barcelona

Hemos encontrado en este libro de Cesare Pavese la desazón que a veces nos asalta por un estilo desconocido, el deseo intenso de entrar en un mundo que se nos resiste por un juego personalísimo de vivencias que llegan al extremo de lo inextricable. Finalmente, el escritor y poeta piamontés nos ha descubierto la verdadera razón de su estilo, la verdadera razón de sus inquietudes de vida que crean las vértebras de aquél. En breves palabras intentaremos encontrar al hombre en la punzante fibra del estilo, un hombre sin soluciones, pero con un espíritu de lucha formidable, estigmatizado por lo solidario y lo común. Hay en Pavese un halo de fatalidad, de angustia contenida, de impotencia arrebatada, de discriminación absoluta del tiempo sin empleo positivo y veraz. Es un gran escritor, es cierto, empeñado empero en especular con lo irracional del hombre, empeñado repito en hacer posible y grandioso, lo imposible pequeño.

En la barriada de Sans, en Barcelona, y lindante ya con Coll-Blanch, existe una calle muy corta y humilde que ostenta el nombre de San Feliu de Guíxols.

Para corresponder a esta atención de la ciudad condal para con nuestra población, en San Feliu figura la calle de Barcelona, y en justa contrapartida, se trata también de una vía urbana de muy poca longitud y de no mucha importancia. Principia en la calle Santa Magdalena y fine en la de Zorrilla, después de haber cruzado la de la Habana. Tiene unos 65 metros de largo y 6 de ancho. La cifra más alta en la numeración de sus edificios es la núm. 10.

La calle Barcelona es recta, llana, con su calzada de tierra apisonada y está pro-

vista de aceras, constituyendo una de las salidas de la ciudad, pues da origen al camino de «Sant Amans», ruta obligada para dirigirse a gran número de casas de campo de los contornos, o sea el paraje de Bujonis. Por tal motivo, antiguamente había estado situada al final de esta calle una casilla de Consumos.

La calle Barcelona tiene un tránsito muy reducido, limitado a los campesinos que van o vienen de la ciudad, a los vecinos que acuden a la «Font del Ferro», aliviadero de las aguas sobrantes de la Mina Rovellada, y cuya agua posee un exquisito frescor, y en esta época del año, a los numerosos buscadores de setas que se disponen a «limpiar» el «bosc d'en Rabell».

Lupaxa.

Nació Pavese en 1.908, en San Stefano Belbo (Piamonte) Escribió poesía relatos y novela. Se suicidó en 1.950. Después de su muerte, en 1.951, apareció entre otros su libro «Verrà la morte e avrà i tuoi occhi» en el cual se incluye su libro de poemas «La terra e la morte».

En el relato que da nombre al libro hay una frase sobre la que nos vemos obligados a pensar por representar una constante en la literatura actual, a la que se ha querido llamar «comprometida». «Mi estudiante era feliz y esto era bastante». Sobre esta frase vemos deframada la sombra sisífica estigma de todos los pensadores responsables de nuestros días desde Gide a Malrau, desde Camus a Pavese.

Camus en «El mito de Sisifo» dice, «es necesario que Sisifo sea feliz», por tanto, es necesario que su desesperanza no sea eterna, que esta condena de subir a lo alto de un monte un enorme peñasco y cuando ya en la cima sea éste precipitado abajo, y de nuevo vuelta a empezar, tenga fin. Es necesario que el hombre no solamente tenga esperanza, sino que tenga conciencia de que su esfuerzo no será inútil, una conciencia casi física, unos valores casi sólidos, a la vez que una locura casi mística.

En Pavese casi tenemos al poeta de estos tres principios mencionados. Vive aguda y físicamente la problemática absoluta del escritor responsable. La misma tiene un prisma social que oscila entre la naturaleza pura (el campo) y la naturaleza dirigida (la ciudad).

Esta calidad oscilante de la obra de Pavese presenta una transformación paulatina del campesino en hombre de ciudad. El estilo se orienta con una cierta ironía, con un encanto fuerte y decidido, con una vitalidad total y trasmudada, por esta prosa hecha de sugerencias punzantes y de finales de desespero.

Escritor de orígenes, al que gusta siempre tener delante al hombre desnudo de prejuicios y conceptos bastardos que falsean la verdadera existencia. Tiene una frase en su relato «Historia íntima» donde dice: «En aquellos tiempos tan sólo sabíamos que nada comienza, sino el día siguiente». Justifica en ella que la vida es una verdadera conquista, es una lucha cotidiana a la caza de una justificación, la cual impele de una forma intensa el verdadero concepto de vida como misión y no como pasaje gratuito.

Pavese es también un moralista, pero moralista en el sen-

tido de presentar un problema para que las consecuencias del mismo aleccionen, no moralista en el sentido muchas veces árido de lanzar anatema. Tiene, resumiendo este punto, un alto concepto de la moral pero no como postura en «sí» sino como postura que se «debe a sí». Sirva como ejemplo de lo que llevamos dicho en este párrafo, el impresionante realismo de «Primer amor», donde los problemas de la vida y el sexo son formulados por muchachos de 13 a 14 años, con la natural morbosidad intensificada, por estas mentes que empiezan a nacer a la vida, y a saber de los imperativos de la sensibilidad diferenciada.

Se hace extremadamente difícil juzgar por un solo libro la obra de un autor.

En el caso del que nos ocupa esta dificultad viene mermada por esta prosa tan personal y a la vez intensa, donde identificamos de inmediato un temperamento de escritor que responde de sus ideas de una forma total, al que no importa comprometerse con ellas ya que está convencido que es más difícil y humano presentar a quien pueda leer, unos problemas cuya estructura haga pensar y sentirse en cierto modo responsable de ellos, que presentar problemas y soluciones de una forma arbitraria, con un sentido, de egoísmo y de diferenciación del que escribe con el que lee, al margen de un proceso acumulativo sensibilizador de situaciones colectivas.

Al dejar esta obra de Pavese nos duele infinitamente su lectura. Mas ¿por qué duele este infinito? Porque late intensamente en el fondo de todos estos relatos el hombre comprometido de continuo entre situaciones que son, al fin y al cabo, las que justifican y las que generan su lucha.

Este «doler infinito» es un signo inequívoco, y casi sin explicación de la realidad humana. Pavese lo ha alcanzado, y nos lo transmitió definitivamente.

Luis Bosch. C.